

D. Pancho Wenceslao no quiere que haya iluminaciones guadalupanas.

Y no quiere, porque no le dá la gana, porque le molestan los cohetes, los faroles, el barullo, las enchiladas, todo.

Es hombre de paz, de silencio, de miopía, de dic-ta, y sobre todo, de reforma y progreso.

Vdes. saben lo que hacen.

Yo me lavo las manos.

(El Tiempo del miércoles
22 de Diciembre de 1886.)



VII

DECIAMOS ayer, que toda la gracia de *El Monitor*, es decir, de D. Francisco W. Gonzalez, consiste en alimentar su ineptitud con las alharacas de las leyes de Reforma.

Don Quijote de Letran asegura que hay muchos malandrines, gigantes y encantamientos por todas partes.

El verdadero malandrín, gigante ó encantamiento es la pereza, el bostezo perpétuo, para estudiar las graves cuestiones que están determinando la suerte futura del país.

¡No! ¡Para qué es molestarse? Basta con la muleta de los frailes para salir del paso.

Bien; pues asegura *El Monitor* que todos los días se violan las leyes de Reforma, debido á que los hombres de Tuxtepec han hecho con los católicos causa comun, y que por eso estamos como en nuestra casa.

¡Válganos Dios, qué amistades nos regala D. Pancho!

Dice bien; no podemos estar más á nuestras anchas.

Que lo digan las casas curales, respetadas por el mismo Lerdo, que es cuanto puede decirse, y adjudicadas al pueblo, ya bajo el nombre de Peña, ya bajo otros no ménos austeros ni ménos sencillos, por nuestros íntimos amigos los caballeros tuxtepecanos.

Que lo digan algunos señores curas, como el respetable de Amecameca, por ejemplo, encarcelados bárbaramente por no recuerdo qué chisme de procesiones.

Que lo digan los periodistas católicos, encarcelados también, como las dedicatorias de los retratos, *en prueba de sincera amistad*.

Que lo digan los profesores católicos, á cuyos colegios han hecho una especie de cateos como los que se practican en las madrigueras de ladrones.

¡Qué les parece á vdes. la amistad de los tuxtepecanos!

¡Ay, D. Pancho: se la guardara vd. para cuando le hiciera falta!

La amistad con el gato, es causa de rasguños; pero la amistad con Tuxtepec produce barbechos, desgrefiamientos, bofetones y demás obsequios, que si no fuera por la caridad le cedería á D. Pancho con todo mi corazón.

Pero miren vdes. si no es éste un hombre de esos á quienes la crítica popular llama *picudos*.

Sin ton ni son, sin que venga más al caso que las calendas griegas, dice D. Pancho:

“El artículo 3º de dicha ley prescribe que: “Ninguna autoridad ó corporacion, ni tropa formada, pueden concurrir con carácter oficial á actos de ningun culto, ni con motivo de solemnidades religiosas se harán por el Estado demostraciones de ningun género;” y no solo funcionarios subalternos, sino aún de categoría, infringen esta prohibicion en las poblaciones de poca importancia, sino aún en las capitales de las entidades federativas y hasta en la de la República.”

Como ven vdes., esto es lo mismo que no decir nada, porque si para hacer oposicion al gobierno me basta con decir: Se está robando en los caminos, las leyes se infringen, el cólera nos devora, sin que el gobierno tome providencias, los hijos se están comiendo vivas á sus madres, y quedan impunes; pero no digo en qué camino, ni cómo, ni quién, ni cómo se infringen esas leyes, ni en dónde está el cólera haciendo estragos, ni qué hijos son esos; me parece que hacer la oposicion así será la cosa más sencilla para cualquier cuatro orejas; pero también me parece que esa oposicion vale tanto como la carabina de Ambrosio.

Pues esa es la de D. Pancho; cita leyes, porque

esa es la coquetería de la declamación, la formalidad del bostezo, el palero de la pereza; pero no dice quienes son esos funcionarios que oficialmente asistieron á actos religiosos, cómo se llaman, dónde viven; qué tropa perteneciente á cuál batallón, á qué división, fué á hacer los honores, á qué ley se refiere, etc., etc. Nada de eso dice, porque no puede decirlo, porque todo eso no es más que un saco de mentiras.

¡Si tendría pepita en la lengua D. Pancho para citar nombres, casos, poblaciones, fechas, en caso de que estirando los ojos viera algo de verdad!

Pero la declamación tiene una ventaja: nadie puede tomar la palabra en contra, porque nadie puede darse por aludido.

Pero decía yo que D. Pancho era muy *picudo*, que estando aquí vive en la laguna de Chapala, y voy á probarlo.

Cuando el general Diaz, acompañado de sus ministros de Estado, y con tropa armada y formada que le hizo los honores, asistió oficialmente á las honras protestantes del general Grant, ¡qué dijo D. Pancho? Nada, lo que se llama nada; se calló el pico, entró en muda como las golondrinas en invierno.

Ese día le dió catarro, lo hicieron amohinar, le faltó sal á la comida; yo no sé, el cuento es que no escribió. Mandó un recado ronco á García Torres, diciéndole que no había boletín.

¡Ah, pero se trataba de un templo protestante! D. Pancho sabe que cuando los artículos reformistas hablan de actos religiosos, de ministros de cultos, etc., se guían el ojo, como diciendo: “esto va para los católicos, hablamos en general, porque es necesario no asomar la oreja, porque es *político* ser hipócrita, pero no se alarmen los Wenceslaos; ya se sabe que esto no reza con los de casa.”

Hé aquí por qué D. Pancho, en aquel entonces, tratándose de un hecho público, se murió en regla, y hoy que todo se reduce á no estudiar echó artículos reformistas hasta por las narices.

Para no cansar á vdes., porque el cuento va largo, me conformaré con poner alfileres á otra pifia de las mil que contiene el artículo franciscano.

Dice así:

“Pero en lo que más se ha distinguido el fanatismo, es en la infracción del artículo 5º que se expresa de la manera siguiente: ‘Ningun acto religioso podrá verificarse públicamente si no es en el interior de los templos.... Fuera de los templos tampoco podrán los ministros de los cultos, ni los individuos de uno ú otro sexo que los profesen, usar los trajes especiales ni distintivos que los caractericen....’ Casi no hay población de fuera de la Capital y aun de las que están á las puertas de ella, como hace pocos meses sucedió

en Amecameca, en donde no se saquen procesiones áun desafiando recientes circulares del ministerio de Gobernacion."

En primer lugar, es falso, oigalo vd. bien, D. Pancho, falso como un peso de níquel, el que haya habido procesiones en Amecameca, y cuando hace dos años, no pudiéndolo impedir el señor cura párroco de ese lugar, subieron cuatro indios vela en mano al Sacromonte, ya se acordará vd., si los grandes placeres son inolvidables, qué buena cárcel hubo en Toluca, para ese venerable y benemérito eclesiástico.

Usted, por lo que hace al gusto que debe haber recibido, y el general Lalanne, porque ya la está pagando, no pueden haberse olvidado del hecho. Luego no existe lo que vd. llama impunidad, complicidad, tolerancia.

En segundo lugar, si como vd. asegura, ese caso se verificó con violacion de recientes circulares del Ministerio de Gobernacion, entónces, D. Pancho, por Dios, ¿dónde está la famosa amistad y hasta complicidad del gobierno tuxtepecano con los católicos?

¿Quién pudiera entender á vd.?

¿Si se necesitan dos cabezas para entenderlo, una para cuando vd. dice que sí, y otra para cuando dice que no!

Por este estilo continúa D. Pancho.

Dejémoslo, que harta caridad es escucharlo.

La paz, para los que hablan de memoria, es una forma del sepulcro.

Séale leve.

Nada más les digo á ustedes que me está aguardando el Redactor del *Diario del Hogar*.

Por supuesto que ya saben ustedes quien es ese señor; pues no lo saben todavía.

Yo, que soy su lector más fiel y constante; yo, que embriagándome diariamente con sus artículos soy ni más ni ménos que un ébrio consuetudinario; yo, que cuando no encuentro en el *Diario del Hogar* del día, artículo de ese Redactor, busco el del anterior, porque para vivir, para desayunarme, para estar capaz de hablar con las gentes, para tener respiracion libre y oxigenada, para que no me falte algo, necesito leer aunque sean dos líneas de él; yo, por último, que he sido quien lo ha presentado á ustedes, no sabia lo que era el verdadero, el mero, el auténtico Redactor; con que, háganme ustedes ereer que ya lo conocen.

No, señor; quien haya leído su artículo del 18 del actual, no tiene de ese Redactor, sino una seña, una probadita, una brizna de idea.

Ló habrá visto de lejos, hasta la luna, fuera de foco, desfuminado, pero no de cerca, sino de *lele á*

éste como yo lo he visto; y ustedes, mis lectores, si gustan, van á verlo.

La exhibición, por mi cuenta, es de obsequio; ustedes lo perdonarán, pero se agradece la buena voluntad y el cariño.

Se trata, como siempre, de la excursión á Pátzcuaro, y estamos en el tercer artículo, como quien dice, en la tercera estación del viacrucis. Excursión á la que de puro tonto no asistí. Pero ¿quién iba á saber que asistía aquel Redactor? De saberlo, hubiera concurrido, solo para hacerme un lugarcito junto de él, é ir oyéndole referir sus impresiones.

Comienza la orquesta:

“Morelia y Pátzcuaro, son los puntos *descollantes de la excursión*, donde las impresiones del viaje *revisten menor fugacidad.*”

“Morelia se *apresta feliz al certámen del progreso trasfigurada por la libertad*. Pátzcuaro *se debate aún en la ergástula ominosa del clericalismo*. Morelia *demandá por ende justísimas preferencias ante nuestras efusivas simpatías*. En nuestro próximo artículo nos referiremos con especialidad á Morelia y Pátzcuaro. Vamos hoy á *allegar diversas impresiones* diversas acá y allá.”

(Dónde será *allá* para ir á recoger todas las que pueda.)

“Al aproximarnos á Toluca, percibimos el tristemente célebre monte de las Cruces, y nos pareció percibirle henchido de orgullo satánico. Es *colegible ese orgullo*, si se recuerda que de las breñas y de los vericuetos de esa sombría region de la República han surgido como por arte de *cabalísticos conjuros*, verdaderas eminencias del crimen. Pero, indubitabilmente, la personalidad de *más excelsa prosapia en el latrocinio* y en el asesinato, *l'enfant gaté* de la bribonada, *la preseca más fálgida en la diadema de recuerdos de exterminio del monte de las Cruces*, es el bandolero Leonardo Márquez. Otras reputaciones de las muchas ungidás con sangre en las proezas del monte de las Cruces, han obtenido sólo la *deficiente notoriedad humana*; la reputación de Márquez ha alcanzado á la *infalible notoriedad divina.*”

“Los frailes, esos respetables señores que de fijo por *hacer acrecer la veneración hácia sí*, adoptan el *traje femenino* en el desempeño de sus angustas funciones.”

Y sigue, con motivo del Monte de las Cruces, disertando sobre Galileo, porque este cronista tiene este método para discurrir: tésis, el raton.

Pues el raton come queso,
El queso se hace de la leche,
La leche se *destaca* de la vaca,

La vaca, *colona* de la colina, come *yerbaduras*
del monte,

El monte *desesterilmente* se *rebuja* con árboles,

Los árboles, en *fugitivaciones*, *destiladamente* gi-
men el aguarraz,

El aguarraz *se debate* surgiéndose en luz,

La luz es el progreso,

Luego el raton come progreso.

Pero se va pasando el tiempo y nos falta que
hablar de las bellezas que he copiado.

¡Verdad que este sí es aquel Redactor, el tocado
al original!

Lo que me admira es que haya regresado libre
de Pátzcuaro.

Ya se ve, también hay aquí un San Hipólito y
anda en la calle como si tal cosa.

Conque, vamos á hablar de ese señor con moti-
vo de los disparates reproducidos; pues comien-
cen ustedes, que á mí me falta embocadura.

Por mi parte me declaro impotente.

Este hombre se ha hecho intangible.

Si no hay quien pida la palabra, recomiendo lo
del traje femenino de los sacerdotes. Pero tengo
tanto que recomendar...

Con que ¡no hay quién hable!

¡No! pues quédese la cosa en tal estado.

Yo me contento con saborear la idea de que los
Redactores como éste son los enemigos *atacantes*
de la Iglesia.

No encuentro mejor prueba de la divinidad, be-
lleza y perfeccion de ésta.

Si Santo Tomás lo hubiera oído, ni se acuerda de
otros argumentos.

¡Loor al sabio!

Aquí esta mi medio.

(*El Tiempo* del juéves 23 de
Diciembre de 1885.)

~~-----~~

PASEÁBANSE del brazo, á lo largo de la calle central de la Alameda, el general Marcial Perez y ese personaje hecho de cera y estrictina, que es conocido en México con el precioso nombre de A. Boleno. Ya se sabe que Marcial Perez, con su cara de tronco, sus mejillas color de punta de nariz, sus bigotes y sus diez copas de cognac á las once, no es general, pero sabe serlo. ¡Válgame Dios! Qué hombre tan dúctil para con los de arriba, y tan rígido para con los de abajo. Son las dos formas de la bajeza.

Todas las revoluciones las ha pasado en la cama, víctima de una gastralgía que le ataca, precisamente en los momentos de crisis política, ó bien las ha pasado siguiendo al enemigo, con tan mal olfato, que jamás dió con él. Y sin embargo, ya es general. Lo conocí hace diez años de teniente.

¡Ah! pero cuenta con muchos elementos.

Es de buena familia, porque los Marcial Perez descenden de una casa distinguida de España;

estoy que es de Sevilla. Su voz es de trueno, propia para hacer estremecer á los soldados cuando les grita: ¡firmes! Su cuerpo es gallardo. No hay sino verlo ceñido con aquella banda, que parece que le nació en el cuerpo, no solo por lo bien que le va, sino porque jamás se la quita.

Aquellos hombros hechos á cincel, aquel pecho levantado que necesita mucho aire, que parece como que no le cabe el corazón, y que está diciéndole á las balas: ¡aquí! aquel modo de andar, que inspiraría al maestro Morales la mejor de sus marchas; todo este hombre, exceptuando su cara, es admirable. Hasta en eso tuvo fortuna, porque un general buen mozo, es un general femenino, contrabecho, de cuadro de barbería; es una especie de Juana de Arco, ó de muñeco de Guadalajara. Dos son las únicas cosas que respeta el soldado: la mugre de su bandera y la fealdad de cara de su general. De modo que visto por los cuatro costados, Marcial Perez nació para lo que es: general sin ser soldado.

Dos solas batallas ha tenido en su vida: la interminable con los camaristas de la antesala presidencial, y otra que libró con los polkos desde una azotea de la calle de la Profesa.

Pero no han visto vdes. un hombre de más chispa en su vida. Por oírlo hablar, debiera pagarse tanto como por oír cantar á la Patti. Es un to-

rrente de chistes, de epigramas, de oportunidades, de alusiones, arrastradas por una palabra en extremo fácil, y animadas por aquellos ojillos color de aceituna y vivos como ellos solos; ojillos que, como una perla en alfiler de corbata, están mantenidos sobre las puntas archi-enceradas de sus bigotes, vueltos rectamente hácia arriba. A las doce en punto está en Plateros, exclusivamente dedicado á platicar.

En cuanto á A. Boleno, sería inútil toda recomendación, porque es una alhaja muy conocida.

Paseábanse, pues, con él, un brazo eslabonado en el ajeno, y el otro hácia atrás como teniéndose el botón de la cintura de la levita, posesión que toman los brazos no acostumbrados á trabajar.

Adolezco de un defecto grave que me hace cometer á menudo una enorme grosería: escuchar.

Es mi pasión oír á hurtadillas lo que hablan los grandes hombres, sobre todo si son pequeños.

¡Qué angustias! La empresa era difícil, porque paseándose, fácilmente advertirían que mi persona iba en pos de ellos.

Sin embargo, me atreví.

Iba tan encantado Boleno con la plática, y el general tan preocupado con la influencia que iba adquiriendo sobre éste, que pude despacharme á mi antojo.

—“Cuando dí de patadas al Obispo Sollano, decía Marcial Perez, escupiendo por entre los colmillos, comprendí que era la conducta que debíamos seguir con los fanáticos.

“Nuestros gobiernos tienen la culpa de que se hayan insolentado.

“Nuestro D. Sebastian me decía: (porque Marcial Perez es muy afecto á decir que los presidentes le dicen, le tornan y le vuelven) pero hombre, ¡quiere vd. que me los coma vivos! ¡Qué le parece á vd.! ¡Como si comérselos vivos fuera poco! Ya lo vió: el no comérselos vivos le costó que lo vomitaran á él muerto.

“Lo mismo le digo á Porfirio, pero no hace caso.

“Fíjese vd. en esa prensa clerical. Solo nos falta que nos diga..... (aquí echó Perez una de esas.)

“Afortunadamente esa prensa se ha puesto sola en un predicamento difícil, porque no le probó aquello de que el gobierno no podía ser liberal, dado que la mayoría del país es católica; tampoco lo de que los gobiernos deben tener religión para no ser ateos; no le queda más filon que el de los yankees, que es el que está explotando.

—“Pero el país los oye, amigo, no hay que hacerse ilusiones; el país los oye, porque es muy bruto. Vd. que ve seguido á Porfirio. háblele; que no les

afloje, que acabe con la frailada, porque si no; rueda y nos hace rodar.

“Propóngale vd. este proyecto, que no es mio, sino de Chavero....”

Aquí detuvo el paso Perez intempestivamente, y yo, que no contaba con esa, dí con su espalda.

—¡Jesus! exclamé para mis adentros, y no tuve más recurso que decirle: “Vd. dispense, señorita, estoy ciego.”

—“¡No hay de qué! dijo Perez queriendo conocerme, y haciendo bailar jarabe á sus ojitos que sacó hasta la pared de enfrente.”

Y me fuí dando golpecitos en el suelo á diestra y siniestra con la punta de mi baston.

Yo había sido ciego, pero no sordo.

Ahora bien. A los dos dias tuve una agradable sorpresa.

Me encuentro en *El Partido Liberal* un artículo exactamente calcado en lo que dijo Perez.

Se llama “La pesada carga,” como quien dice, el gonzalismo sobre el romerismo.

Y se refiere á la prensa clerical, ó lo que es lo mismo, á la prensa diaria independiente con la honrosa excepcion de *El Monitor*.

¡Qué coincidencia!

¡Oyeron vdes. lo que dijo Marcial Perez!

Pues lean ahora lo que dice *El Partido*:

“Estos periódicos clericales son una verdadera calamidad, por no decir otra cosa. Se han dejado ir por la senda de los desatinos y ahora se hallan en punto de terrible compromiso, donde no pueden retroceder ni seguir adelante. Y es de ver cómo desbarran en su terrible esfuerzo por desprenderse de su difícil situación en que ellos mismos se han colocado. Nos tienen en angustias. Obligados nosotros á leer lo que escriben, nos sucede como al que presencia las arriesgadas suertes de un inexperto equilibrista.

“No podía ser de otro modo. Se creyó que el fanatismo religioso era un buen elemento de explotación y se puso manos á la obra, sin considerar que el fanatismo está ya reducido á términos muy estrechos. Los trabajos en el sentido de amalgamar las creencias con la política dan resultados contraproducentes, y cada día se ensaya un nuevo programa para obtener un nuevo fracaso.

“Ya no es que la inmensa mayoría del país, por ser católica, rechaza al gobierno liberal, cuyo crimen consiste en dejar á cada cual en libertad de profesar la creencia que más le guste.

“Ya no es que los gobiernos deben tener religión para no pecar de ateos; y siendo el pueblo mexicano en su mayoría papista, su gobierno debe estar sometido al Papa.

“Ahora la cuestión es con los yankees. Ya se dió la voz de alarma. Se debe combatir todo lo que se relacione con nuestros vecinos del Norte; y como se vé, tan disparatado es esto como lo otro.”

Dejando á un lado lo raro de la coincidencia, voy á contestar al *Partido*.

¡Que no se haga de la vista gorda!

Las grandes acusaciones que hacemos, que hace el pueblo y que hará la historia á los liberales, no son las que cita *El Partido*. Es verdad que el gobierno ateo, es un escándalo, que un país católico gobernado por enemigos de la fé, es un absurdo ó una usurpación á viva fuerza; pero no es eso solo. Haber entregado los bienes del clero á manos de aventureros; haber desheredado á la clase pobre de la sociedad; haber desacreditado al país con el espectáculo horrible de tanta rapacidad y salvajismo; haber ofrecido al mundo el cuadro de administraciones tan honradas como la pasada, y otras que algun día saldrán á luz; haber corrompido al pueblo, esterilizado las riquezas del país, & & & &—esas sí son acusaciones que ateos, protestantes, mormones y cuanta jerga se imagine *El Partido*, reconocerán como incontestables.

Por lo demás, es una de tantas mentiras que la prensa católica recurra á proyectos.

Por nuestra parte no tenemos más que uno: el cumplimiento de la ley.

El Tiempo no exige más que la observancia de la Constitución; tal ha sido uno de los puntos principales de su programa. ¡Friolera!

En cuanto á lo del *predicamento difícil*, ya lo quisieran para un día de lujo.

Esa risa es la risa del conejo. Esa angustia es la lágrima del cocodrilo.

Si estamos desbarrando, por Dios que no nos tengan lástima. ¡Por qué no nos combaten! En política, al enemigo que desbarra, no solo se le deja desbarrar, sino que se le empuja. ¡A qué detenernos! ¡Es caridad ó filantropía!

Más cuerdo me parece lo que decía el general: "comérselos vivos."

Aunque esto por desgracia tampoco prueba.

Y que la carga es *pesada*, vdes. lo han dicho, y lo prueban con los hechos, porque esa carga es la Constitución, cuyo cumplimiento exigimos.

¡Qué haremos para soltar esa carga!

Siento el accidente que referí; de otra manera propondría al *Partido* el proyecto que inició el general.

Aunque ya debe saberlo.

¡Tendrá la deferencia de participármelo!

¡Al fin, que hemos de salir vencidos!

Así sea.

(*El Tiempo* del jueves 20 de Enero de 1887.)

IX

DO todo ha de ser hablar de periódicos. Justo es *guerrillear* también con las personas y á su vez con las ideas.

El Dr. Butler, de quien voy á ocuparme, persona muy conocida en esta capital, es un sabio, por más que sea incrédulo, hasta donde no hay pared.

Pero entendámonos: cuando digo que un ateo es sabio, quiero decir que debiera serlo, como debía ser hermosa una mujer de perfil elegante y cuerpo de paloma, pero cacariza y tuerta.

Las viruelas y un descuido de la nodriza tuvieron la culpa de que esta hermosura se frustrara, como la mala educación y las pasiones se encargaron de frustrar aquella sabiduría. Pero esa mujer nació con elementos para ser hermosa, y hasta lo es de léjos y de lado, como el Dr. Butler nació con elementos para ser sabio, y aun visto de léjos y tapándose con el lado de la erudición el lado de la tuertura, lo es á carta cabal.

Un sabio ateo, es una manzana del mar muerto, de esas turgentes y doradas frutas que están llenas de ceniza; es como una tela en trama, como un globo sin gas, como un laud sin cuerdas. No se eleva, ni produce armonías, ni hace tejido, ese admirable tejido de la verdad que se ve con la verdad que se cree, de lo que viene del efecto á la causa y de lo que va de la causa al efecto; de las verdades naturales y las sobrenaturales; en una palabra, de la fé y de la ciencia.

Bueno; pues el Dr. Butler tiene una biblioteca que vale cincuenta mil pesos, como medio, y lo que es más, una biblioteca que conoce. Está instalada en un gran salon, que debió ser el refectorio del convento en que retorciendo la arquitectura se acomodó la casa.

Tiene un gran tragaluz, una enorme mesa de cocote, en medio; sillas viejas con adobes de polvo: infinidad de periódicos sobre la mesa y regados por todas partes; muchos libros delado en los estantes, otros encajados á lo atravesado, otros á medio encajar, otros en el suelo, unos abiertos, otros cerrados con plumeros de registros; dos ó tres esferas por los rincones, muchas viejas de cigarro por el suelo, candeleros empachados hasta la coronilla, con grandes chorreaduras de estearina que se ha puesto verde como lama de humedad, y allá en el fondo un balcon practicado en el

anchísimo muro, en cuyo hueco tiene Butler su mesa de estudiar y de escribir.

¡Qué impresion causa esta biblioteca!

No despierta la gana de estudiar, sino la de barrer y escombrar. Cosquillas me hacían las manos el primer día que yo entré allí. Se pone uno nervioso. Parece que el polvo está esperando huéspedes para lanzarse sobre ellos como una nube de langosta. Se me figuraba que con dar un paso algo fuerte en el entarimado, iba á desplomarse aquel edificio sobrepuesto, de polvo.

Desde que Dios manda su luz, Butler se instala en su hueco del balcon. Le oculta el movimiento de la calle un trasparente que representaba á Galileo estudiando la esfera. Y digo que representaba, porque la mugre, el polvo, una gotera que lo baña en tiempo de aguas y de vez en cuando las escupitinas del sabio, lo han dejado como chupa de dómine. A Galileo no se le ve más que un ojo, una rodilla, el dedo gordo de una mano, y pare vd. de contar.

Pasa al través de ese lienzo una luz mugrienta, viscosa, cuya melancolía de tísico agrada mucho á Butler, que es miope y usa unos anteojos con cada vidrio como un pedernal.

Butler es muy amable, con esa suavidad resfriada del escepticismo, con esa cortesía de afuera, que está en la cartilla de urbanidad, pero no en

el alma, con ese respeto á la persona, pero no al prójimo.

Se le estima, pero no se le ama.

Más allá de su cortesía, parece que hay un muro que no le permite al afecto pasar más adelante.

Cuando uno lo vé por vez primera, mide en el acto la amistad que llegará á tener con este hombre. Esa amistad no penetrará más allá de la camiseta.

Es correcto de figura, hijo de un inglés muy rico y muy bueno que estableció en México los molinos de maíz, y que murió náufrago en el Atlántico, al hundirse el buque "City of York," el año de 58.

A las cuatro de la tarde fuimos presentados á Butler. Nos esperaba, y nos recibió con una sonrisa, sin separarse de su mesa. Nos indicó un asiento con ademán y semblante que querían decir: "para sólo media hora."

De buena gana habría sacado mi pañuelo y púéstolo sobre el asiento de aquella silla de tierra; pero me conformé con decirle á mi pantalon: "con tu permiso," y me senté.

Mi propósito era no tocar puntos de religión, segun la urbanidad en estos casos lo previene, y lo cumplí. Pero mi compañero de visita, que es el hombre más virtuoso que he conocido, es toleran-

te con los herejes, y atrocamente intolerante con las herejías.

¡Qué hombre! me dá gusto hablar de él, como de una maravilla! No hay sino tocarme esta cuerda para que no deje yo de hablar en veinticuatro horas.

Lo he visto en todas las tribulaciones de la vida con el sufrimiento de un mártir y la paciencia y resignacion de un santo.

Hambres, muertes, calumnias, enfermedades, todo cilicio del hombre, sufre sin levantar los párpados. Cuantos lo conocen lo respetan. Para mí es un remordimiento la cercanía de nuestra amistad y la lejanía de nuestra conducta.

Tiene un talento hermoso, claro y dulce como una gota de miel de abejas; una palabra tan fácil que dice cuanto concibe; un carácter alegre, burlesco sin murmurar, epigramático sin herir, poético sin empalagar. Es además el mejor lector de versos que he oído nunca. ¡Si digo que no acabaría de hablar de él! Volvamos al sabio.

Léfa Butler una tragedia de Voltaire, y no hubo remedio, la conversacion recayó inmediatamente sobre el libro que tenía delante.

¡Jesus me valga! dije yo, considerando lo que iba á resultar de allí:

Como me lo pensé. A los cinco minutos estábamos, mejor dicho estaban, en plena polémica, eso

sí, sembrada de sonrisas, empedrada de "vd. perdone," adornada de mil caravanas; pero al fin polémica á quema ropa.

Era un pugilato de dos gigantes: el uno de la biblioteca y el otro de la virtud. El uno desconocía á Dios, por la lectura de muchas páginas; el otro lo conocía, por la práctica de muchos sufrimientos. El uno hablaba en nombre de los libros, el otro en nombre de los santos; el uno era el estudio, el otro la caridad; el uno tenía plétora de leer, el otro de sufrir.

La polémica se acaloró, y ya les reventaba la cara á ambos contendientes. Butler negaba á Dios, porque encontraba en la naturaleza la explicacion de todos los fenómenos, de que nos servimos para demostrar la existencia del Sér Supremo. Al conocimiento de esos hechos le llamaba *ciencia*; á la investigacion de sus causas, *filosofía*, á la fuente unida de esa investigacion, *razon humana*. Para él, la moral es higiene y educacion, la idea de Dios, encontrada por la historia y por Chateaubriand en todos los pueblos, una necesidad de la ignorancia de la naturaleza. En una palabra, Butler es un compendio de todas esas cosas que ya nos sabemos al dedillo.

En mi concepto, mi amigo había errado el orden de sus razonamientos, porque venía de Dios al cristianismo, y á ese camino andado há diez y

nueve siglos le han encontrado emboscadas y vericuetos los sofistas. Yo habría querido tirarle de la levita y decirle entre dientes: "media vuelta," esto es, ir del cristianismo á Dios; pero estábamos distantes y era imposible indicárselo, sin que Butler creyera que ya le echaba oficial encima, ó que éramos *montoneros*, como suele decirse.

Afortunadamente mi amigo advirtió su error, y dió la media vuelta, sin que nadie se lo indicara. A esta tésis: "la virtud existe porque existe Dios," sustituyó esta otra: "Dios existe porque existe la virtud," en el sentido de que ésta demuestra su existencia.

— "Veamos, dijo. Vd. explica todos los fenómenos por la naturaleza. Ahora bien. Es evidente que la naturaleza nos impele á la lujuria, á la ebriedad, al robo, al asesinato. El mormon, al cambiar ó aglomerar mujeres, obra estrictamente conforme á las leyes de lo natural. Segun las mismas leyes el hombre mata á su semejante para satisfacer una venganza ó librarse de su enemigo.

"Todo en la naturaleza, tal como lo posee el hombre en sus sentimientos y esto á que nosotros llamamos pasiones, y vd. funciones fisiológicas, impele al hombre al apetito del propio bien, sean cuales fueren los medios. Y sin embargo, existe la virtud y existen tantos hombres de castidad intachable, de honradez, de caridad, de humildad, de cuanta virtud se conoce.

“Usted no me negará que existen esos hombres.

—No, contestó Butler firmemente. Yo soy admirador de San Juan de Dios, y de San Francisco de Asís, como filántropos y correctos.

“Pues bien: ó esa virtud es engendrada por la naturaleza, y entónces ésta es contradictoria en sus leyes y en sus efectos, lo cual es imposible, porque sería el absurdo, ó existe lo sobrenatural que, con el apoyo y fuerza de la razón crea y sostiene esas virtudes. No hay remedio, porque si la naturaleza me dice, en virtud de sus leyes: “véngate, mata,” y yo pudiendo, no lo hago, es que existe otra fuerza que rechaza aquel impulso, la cual no puede ser de la misma naturaleza, como no puede verificarse el ser y no ser á un mismo tiempo y por idéntica causa. Ni temor, ni alma, ni amor, ni fuerza alguna natural me impedía matar, y sin embargo no maté.

“¿En donde está, pues, la naturaleza en este caso?

—Pero, vd., replicó nuestro amigo, habla de la educación, tal y como existe, es decir, de la educación cristiana; y ésta ya es un efecto de la religión de eso sobrenatural, que es el punto discutido.

“Otra educación, la pagana por ejemplo, que llegó al punto supino de su perfección, no impedía matar á un hombre; los gladiadores roma-

nos se hacían pedazos públicamente á título de diversion.

“Y aún el asesinato aparecía como una de tantas faltas.

“La ley lo castigaba con clemencia, para impedir sus efectos lastimosos; pero el asesino no sentía remordimientos, y pudiendo, asesinaba sin remedio.

“Grandes ejemplos nos muestra la historia; Bruto, por ejemplo, asesinó á César con la misma serenidad de conciencia con que vd. cierra ese libro.

“Por lo demás, en los pueblos salvajes, á los que no llegaba aún, ó no ha llegado el Evangelio, fuente de esa educación de que vd. habla, donde no gobierna más que la naturaleza, el asesinato no es un delito, se sacrifica en holocausto á los hombres, y se salva é impera el más fuerte.

“Pues bien, donde el hombre salvaje obra, impera la naturaleza absoluta, y si en él no existen las virtudes que en los pueblos cristianos, la naturaleza no los produce, en cuyo caso no son explicables sin la intervención de lo sobrenatural.”

Siguió mi amigo dilatando y condensando luego esa demostración que consiste en descubrir á Dios por la existencia del bien.

Butler no es un pretensioso enalabrinado; no es

uno de aquellos fátuos que reciben con epigramas y con risa de magister cualquier argumento, ántes de oirlo; mi amigo hablaba sin términos técnicos, sin aparatos de autores, sin gritos, sin soberbia, ántes bien, al hacer mención de algunos sufrimientos que quizá fueron apurados por él, se le llenaban los ojos de lágrimas.

La elocuencia del sentimiento es tan grande como la del raciocinio, ó quizá superior.

¡Por qué ha de haber más verdad en lo que se refiere que en lo que se siente?

Butler, un hombre que ha estudiado tanto, aunque al revés, comenzó á meditar.

Se levantó de su asiento, y haciendo chirriar una carretilla que no ha conocido el aceite, levantó el trasparente.

“Buena señal, me dije; ese hombre quiere luz.”

Volvió los ojos y paseó la mirada por toda la biblioteca, como diciendo á sus libros: “¿quién de vdes. me explicará esto?”

El que explica el movimiento de los astros, la germinación de las semillas, las funciones del organismo humano, las bellezas de las artes, la historia, las matemáticas, no sabía cómo explicar la virtud, con solo la naturaleza.

• Era el momento de separarse.

Lo abandonamos, no meditabundo, pero sí dispuesto á meditar.

No convencido, porque el error tiene brazos de pulpo, y es muy difícil que suelte; pero ni triunfante, ni encaprichado en triunfar.

Es decir, lo dejamos en barbecho.

Yo estoy seguro de que manos mucho más hábiles, instrumentos de la gracia de Dios, vendrán á hacer los otros abonos y la semilla germinará.

Hé, aquí cómo suele suceder que los ateos comienzan por estudiar las cosas más lejanas, las más remotas, las más escondidas, las más intrincadas, sin parar mientes en lo más cercano, más fácil y más patente.

Salimos de allí, con una esperanza hermosa, y con una arroba de saliva ménos. Yo con una gran torta de polvo en el lugar que vdes. podrán figurarse.

(*El Tiempo* del miércoles
26 de Enero de 1887.)

~~Butler~~